

Jorge Enrique Adoum

## Acuarela de Guayaquil



DESDE el agro montuvio, desde los arrozales y las plantaciones de cacao, reflejando pieles morenas sudorosas entre el «palo'e balsa», llega hasta el Golfo el río Guayas. Cuando desemboca en el mar, cortándose, dividiéndose con islas intermedias, arrojando todo su cargamento de desperdicios y toda su experiencia humana, encuentra en su costado derecho los muelles de Guayaquil. Como manos de cemento que se internan en el agua, sobre ellos está acumulada la carga múltiple. Junto al Malecón de fuentes y flores,—paseo obligado del atardecer— los muelles reúnen cargadores negros y mulatos, en el incesante movimiento del puerto. Los marinos taciturnos tienen allí su estadía. Las canoas primitivas, las balsas cargadas de fruta madura, los navíos que vienen llenos de mundo, tocan en las aguas del río anciano. Guayaquil, recostada, los ve llegar con sus luces, sus edificios de madera, de los que se han desterrado para siempre los cristales, con su hervor de trópico lleno de color y fuego. A un extremo, el Astillero. Lo que fué pantano, miraje del mar desde la ciudad. Montones de miseria y de dolor. Algo más abajo, muchachos desnudos brazando en el agua, cogiendo peces, frutas o estrellas.

Sobre su superficie sin irregularidades—gran tablero para el juego de la actividad humana—todo es movimiento, fiebre, vida litoral. Desde la ría corre por todas las calles el viento del mar «con olor a tristeza, pez y viaje». Desde la madrugada los muchachos anémicos, aplastados entre el sol y el vaho ascendente, corren de esquina a esquina pregonando los diarios, la promesa de la lotería, el brillo de los zapatos. El comercio se multiplica hora tras hora, los portales contestan el paso apresurado de las multitudes, y siempre hay gente en las estaciones, esperando la salida o la llegada del vapor que hace el trasbordo a la otra orilla, desde donde se arrastra el ferrocarril al interior del país, y en el Malecón los grupos que cuentan los minutos que faltan para que caiga el ancla y se oigan las tres pitadas de los grandes vapores.

En el lugar donde se encuentran esquinados los portales, en el cruce de todas las calles, vistosos quioscos calman el calor y la sed. Multitudes se agrupan en su torno y el expendio de bebidas crece con la ruta del día. Los bares abiertos, con sus mesas y mujeres mezclados con el diario traficar de los portales, ofrecen sombra y descanso, igual que los banquillos de los parques regados en la ciudad... Y Guayaquil entero oscila entre los Bancos y los bares, entre las bibliotecas y los sanatorios.

Cuando se apaga el último resplandor del sol, que siempre saldrá de la superficie de la ría, se encienden las luciérnagas y los faroles. Algarabía de anuncios luminosos a lo largo del boulevard y las avenidas, bullicio de faena terminada, de empleados reunidos en las esquinas acostumbradas, de obreros y cargadores mirando el agua corriente, apagándose ya, cuando la sombra tibia va ascendiendo hasta las últimas habitaciones de ventanas siempre abiertas. La noche tiene entonces luces que se cruzan en el horizonte, lento roncar de motonaves y de grúas que no duermen. Más allá del Mercado, donde las calles no tienen el constante vaivén de hombres y vehículos, se encienden las velas de los carretones de fruta, Rubias naranjas, sandías con

una llaga abierta, van desapareciendo, lento a lento. Por allí cruzan las mujeres del pueblo, las más morenas, la de pelo más brillante y más oscuro. Y las otras, las de la sonrisa vendida a bajo precio. En la orilla se venden comestibles. Fogatas que no se apagan hasta que se enciende el día, carne y pescado, café, para los vigilantes, para los cargadores y estudiantes, para los que sostienen de pie la noche tropical del Guayas. A lo lejos, rumor de alguna palmera mecida por el viento, de alguna hamaca, de desvelado, un sollozo de novia o de enfermo. Sobre una puerta con crespones de luto, el sudor y el grito de un baile popular. Madrugadas habitadas de costado a costado, llamada de la fábrica más cercana, nuevamente Guayaquil volviendo a ser un puerto, y con las primeras colegialas uniformadas de rojo o de rosa, los últimos bohemios abrazados, las últimas mujeres despeinadas.

Pero en los locales amplios y sencillos, hay una multitud reunida. Las voces son claras, firmes, y—a veces—son claros los fusiles levantados. Un día de noviembre, esa ría que lleva cáscaras y barcas, llevó sangre. Otro día se asesinó a los que tenían un olor al pueblo, a hospital, a pan. Y Guayaquil es pueblo. Entre el humo de sus fábricas y las escalas de sus muelles, hay una multitud que sabe recorrer las calles con el grito preciso. Con la bandera que tinturó su sangre. Es, sin embargo, el mismo pueblo de los bailes populares, el de los teatros de barrio donde las manos y los labios, más que los ojos, trabajan a escondidas e ingenuamente. El mismo pueblo de los cigarrillos de envolver, el que habitualmente llega a la orilla, a los carretones, y se queda mirando con tristeza la sombra del mar, como la del silencio, como la de la soledad. Es el pueblo que duerme, a la noche, en los portales, ovillado, encogido, para «ganar turnos» en el puesto de venta de los artículos monopolizados, o para dormir y despertarse a la hora en que el trabajo vuelve a volcarse sobre la ciudad.

Y nuevamente el día. Las mujeres delgadas, morenas, bárbaramente bellas. Los ojos fijos en la horizontalidad del agua. Las manos ocupadas en hacer la vida. Otra vez el sudor sobre las balsas y bajo los enormes cargamentos que irán a otro lugar. Otra vez Guayaquil, de pie, sobre la ría.